



Santiago Posteguillo, ayer en la arena del anfiteatro de Itálica (Sevilla), ciudad natal de Trajano

XAVI AYÉN
Ruinas de Itálica (Sevilla)

Un péplum de 1.200 páginas, *Circo máximo*, es la gran apuesta de Planeta para la *rentrée* literaria. La segunda entrega, tras *Los asesinos del emperador*, de su trilogía sobre Trajano, tiene todos los ingredientes para convertirse en un libro de éxito y, si la crisis no lo impide, hacer que su autor –veterano de la novela histórica– dé un salto. “Tras leer la última novela sobre la batalla de Trafalgar, me pregunté –explica Santiago Posteguillo (Valencia, 1967), guía improvisado en una visita a los restos de Itálica–: ¿por qué siempre novelamos las derrotas? Tenemos muchas cosas de las que estar orgullosos. Y el gobierno de Trajano es una de ellas”.

Itálica, ciudad natal del emperador, era una villa modesta, ni siquiera la capital de la provincia Bética. Para darle prestancia, Roma hizo construir en ella un anfiteatro con cabida para 25.000 espectadores, que se conserva razonablemente bien.

Trajano, apunta el autor, moviéndose de un lado a otro por los túneles por los que pasaban los gladiadores, “ha sido uno de los tres españoles que fueron amos del mundo, junto con Carlos V y Felipe II, y lo tenemos olvidado”.

El *panem et circenses* fue una de sus máximas. Las carreras de cuadrigas y las luchas de gladiadores –el equivalente del fútbol actual– fueron potenciadas bajo su mandato.

La novela es un auténtico espectáculo, sin tregua para el lector, sacudido por una acción adrenalínica. Las carreras de cuadrigas –que eran mucho más salvajes de lo que nos imaginamos–, las escenas bélicas de la guerra contra los dacios –una exhibición de conocimiento estratégico–, el juicio de una vestal acusada injustamente de yacer con un auriga –esta parte es “un homenaje a John Grisham”–, las intrigas políticas romanas, el intento del arquitecto Apolodoro de construir un puente sobre el Danubio y las tribulaciones de los muy minoritarios cristianos –preocupados por que se les mueren los últimos discipu-

¿Qué haría TRAJANO con Bárcenas?

Santiago Posteguillo
convierte en un espectáculo
la vida del emperador hispano

los que trabajaron junto a Jesús –son los principales ejes de la narración.

El narrador no escatima detalles, por cuentos que parezcan, como ese truquillo de untar los cuerpos de los condenados con

menstruación de leona para asegurarse de la fiera del león en la arena. Todo, asegura el autor, rigurosamente documentado, ya sea en fuentes escritas, visitando a catedráticos del ramo o en sus viajes por las zonas descritas.



El imperio romano en el siglo II a.C.



Trajano fue sucedido por su sobrino segundo, Adriano –otro hispano de Itálica–, de quien “tenemos una imagen idealizada” a través de la novela *Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar, quien, a juicio de Posteguillo, “se pasó tres pueblos; en realidad, Adriano maltrató a su esposa, traicionó a Trajano y el Imperio fue replegándose con él”.

“Lo que hacían los romanos no se cae –asegura Posteguillo, dando unas palmadas a las piedras de la gradería–, de hecho las mejores canteras del Renacimiento fueron los vestigios de la antigua Roma, que eran saqueados por los constructores en busca de materiales sólidos”. Pasó aquí, en Itálica, que sufrió sus mayores pérdidas cuando se construyeron los diques del Guadalquivir.

Con tantos (buenos) libros escritos sobre Roma, ¿qué puede aportar uno nuevo? “El ritmo y lo que yo llamo el ángulo inesperado: poner la cámara donde nadie la ha puesto antes, por ejemplo narrando la carrera de cuadrigas desde el punto de vista del caballo, como hacen en la fórmula 1”.

Geopolíticamente, el emperador hispano optó, audazmente, por seguir expandiendo el Imperio cuando sus antecesores se replegaban. Así, la conquista de Dacia –actuales Rumanía y Serbia– fue desaconsejada por muchos, pero él demostró que era posible. Trajano “batallaba en primera li-

“Lo habría desterrado y condenado a devolver el dinero, y si no, habría sido arrojado a los leones”

nea, lo que insuflaba moral a las tropas”. Posteguillo lo cuenta todo, también, desde la otra trinchera, pues “lo que consiguió, que fue mucho, se hizo destruyendo muchas cosas”.

Trajano ha tenido, dice el autor, una inmerecida fama de inculco cuando fue “escritor, artista, poeta...”. Dejó escrita todas las campañas de la Dacia, como César la de las Galias, pero se ha perdido. Y se rodeó de intelectuales, como el filósofo Dion Cocceyo.

La mayoría de personajes son reales: Trajano, sus consejeros, el rey de los dacios, el abogado Plinio... Como sus cuitas, pues el emperador tuvo que lidiar con temas de rabiosa actualidad. Dos amenazas se cernían sobre la república: la corrupción –los sobornos todo lo invadían– de la justicia, donde se untaba hasta al funcionario que controlaba con unas clepsidras el tiempo en que cada parte tenía la palabra –y el déficit público. Su receta fue: mano dura contra los corruptos, aumentar la transparencia –publicando los gastos de la familia imperial– y no subir los impuestos sino estimular la actividad económica. También dejó de perseguir a los cristianos, considerando a su Dios como uno más de los que se adoraban en Roma. “Por algo es el único emperador no cristiano al que Dante salva del infierno”.

¿Qué habría hecho con el rey Luis Bárcenas el emperador, de acuerdo a sus leyes? “Le habría desterrado y condenado a devolver el dinero”. ¿Y si no lo devolvía? “Hubiera sido arrojado a los leones en el anfiteatro, ante el pueblo de Roma”.